

si pensaran: la tierra que me da sustento no puede darlo á otros. Los hijos de los grandes árboles—el bosque joven—murmuraban. Algunos viejos venerables, oyendo las protestas de aquella vigorosa juventud del bosque antiguo, protestan también y juntos, sacando sus propias raíces de la noche de la tierra y poniéndose al frente de aquella noble juventud del bosque hablaron: haced como nosotros y venid. Los jóvenes árboles sacaron sus raíces de la noche de la tierra y se pusieron en marcha hacia el aire, hacia la luz.

He visto eso y os he dicho: sacad de la noche vuestras raíces y venid conmigo hacia el aire, hacia la luz.

De nuevo hubo silencio y todos miraban al mar. Uno de los discípulos, el menos pensativo, murmuró:—Maestro, yo he comprado mi casa y la porción de tierra que me da el sustento; cómo puedo abandonarlas?

Jesús, mirando siempre fijamente el mar, le respondió: Diez robustos pescadores llegaron á una playa desierta como esta y se dedicaron á trabajar en el mar. Al cabo de cierto tiempo llegaron dos pescadores más é instalándose en la playa dijeron á los otros: venimos á pescar también.—No—gritaron los diez—compradnos el derecho; nosotros estábamos aquí y no podréis pescar! Los dos pescadores se marcharon á buscar otra playa distante, porque no podían comprar aquel derecho. Pasado algún tiempo, dos nuevos pescadores arribaron á la playa y se dispusieron á pescar, sin decir una palabra. Los diez antiguos pescadores les gritaron:—No pesquéis porque no nos habéis pagado el derecho de hacerlo. Uno de los dos recién venidos les replicó:—Y vosotros á quién pagásteis ese derecho? En dónde está el dueño del mar? Queremos pagarle á él! Los diez pescadores respondieron: somos nosotros, porque hemos trabajado aquí por espacio